

CELCIT. Dramática Latinoamericana. 76

APRENDIZ DE HOMBRE

Leonardo Goloboff

Escrita en 1999

Personajes

EL MAHARAL

JUAN CARLOS FRANCO

EL GOLEM

AMÉRICA

TRES RABINOS / TRES MILITARES

Agradecimientos

- A **Oswaldo Bayer**. Sin el potente estímulo de su obra jamás se me habría ocurrido ocuparme del Teniente primero Franco, uno de los protagonistas de *Aprendiz de hombre*.
- A **María Luisa Franco Páez de Zelaya, "la Rubia"**, hermana de Juan Carlos Franco, la única de los catorce hermanos Franco-Páez que aún vive, entrevistada en San Miguel de Tucumán.
- A **Sara Lía López Franco de Scrocchi, "la Chela"**, y a **Hermelinda Franco de Paz, "la Pichona"**, sobrinas del Teniente primero Juan Carlos Franco, entrevistadas en San Miguel de Tucumán.
- A **Juan Carlos Franco**, que lleva ese nombre en homenaje a su tío, el Teniente primero Franco, por la entrevista que me concediera en su casa de San Miguel de Tucumán.
- A **Roberto Chavero**, hijo de Atahualpa Yupanqui, por el valioso material que me facilitara.
- A **Juan Manuel Ballesteros**, de San Miguel de Tucumán, hijo de Quena del Valle y nieto de Lía Valdez y de Atahualpa Yupanqui, por su interés en mi escritura y por su ayuda.
- A **América Scarfó**, por todo.

Comentarios previos

Cada vez que uno se empeña en formular reflexiones aclaratorias respecto de un texto dramático propio, uno sabe que resultarán -se las lea o no- absolutamente obvias y prescindibles.

Uno rechaza -racionalmente- los "manuales de uso" que suelen acompañar a algunas obras de teatro. Sin embargo, uno no puede resistirse a la necesidad de producir su propio folleto explicativo.

Debe comprenderse -y uno (yo) apela (apelo) a esa comprensión- que cada vez que uno anota la palabra "fin", siente que es atacado por una aguda sensación de abandono y desamparo.

Los personajes que lo habitaron durante meses se han convertido, en un segundo, en bichos nidifugos que irán a hablarle vaya uno a saber a quién, si es que no nacieron condenados al mutismo.

Será por eso que uno insiste en escribir notas de este tipo, para demorar la despedida y para seguir sintiendo, aunque sólo sea precariamente, que uno es dueño de su texto, por lo menos mientras elabora estos "Comentarios previos".

Dos andariveles para una analogía.

Como se verá, buena parte del texto está escrito en dos columnas.

Ello obedece al deseo de crear dos planos de lectura, con dos historias autónomas -la del Golem y la del Teniente Franco—, que circulan por carriles propios pero que, por imperio de múltiples analogías, entrelazan, intercambian y refuerzan sus sentidos.

Las unidades de cada una de las escenas pueden ser tratadas según distintos procedimientos: por simultaneidad con otra unidad de la otra columna, por sucesión o, sencillamente, haciendo coincidir el texto de una columna con las acciones de la otra.

En última instancia quien coordina y decide es el responsable de la puesta, pudiendo romper inclusive la estructura propuesta para jugar completa la acción contenida en una columna hasta agotarla y pasar luego a la otra.

En fin... la mecánica, aunque se plantee cerrada, es absolutamente abierta a la voluntad de quien la encare. Lo que importa, básicamente, es rescatar la similitud en las peripecias de ambos "individuos" (el Golem y Franco) y su singular paralelismo en circunstancias que, siglos más o menos, parecieran reiterarse en una espiral de cristales espejados.

Hay, quizás, dos ejes conceptuales: el orden preexistente que no perdona a quien pretenda innovar o transgredir sus normas... y los intentos de ese mismo orden para que sus acciones, a veces cruentas, pasen al olvido.

En el primero de los temas (el-orden-que-no-perdona), para decirlo con palabras de Jorge Luis Borges, *"La victoria es de los otros/vencen los bárbaros..."* En el

segundo (el-orden-que-pretende-olvido), nos tomamos la revancha. Uno de los personajes dirá *"El olvido no existe"* (aunque agregue, sin pausa, *"Anochece"*).

Si estos conceptos están presentes en la puesta, el artificio no cuenta demasiado.

Aprendiz de hombre contiene tantas acotaciones como diálogos, quizá más imágenes que texto hablado. Y las acotaciones, en este caso, tienen estrictamente ese valor, casi el de notas marginales más que el de "didascalias". Por eso, cada director tendrá que expresar su propia obra.

Sólo resta desearle una aventura más feliz que las reservadas por el mito al Maharl y a su criatura y por la historia real al entrañable Franco.

Severino Di Giovanni y Franco

El jueves 29 de enero de 1931, el anarquista Severino Di Giovanni, luego de corregir las pruebas de imprenta del tercer tomo de *Escritos sociales*, de Eliseo Reclus, al salir del subsuelo de Callao 335, tiene un enfrentamiento armado con policías que lo han venido persiguiendo. Una niña de diez años caerá muerta de un balazo, atribuido por la acusación a Severino.

El 1 de febrero de 1931, a las 5 de la mañana, en la antigua penitenciaría de Las Heras y Coronel Díaz, en la ciudad de Buenos Aires, Severino Di Giovanni es fusilado.

Pocos meses antes, había sido derrocado el segundo gobierno de Hipólito Yrigoyen, tras un golpe militar encabezado por quien se constituirá en presidente de facto, el general José Félix Uriburu.

Uno de sus primeros gestos políticos -para dar ejemplo, se dijo- será precisamente la captura y el fusilamiento de Severino.

No obstante, todavía se guardaban las formalidades. Los códigos militares obligaban a que el ejército, antes de ejecutar la pena, constituyera un Consejo de Guerra y designase acusador y defensor. El fiscal será todo un teniente coronel. El defensor de oficio, un desconocido teniente que revista en la División de Ciclistas y Archivistas, el tucumano Juan Carlos Franco.

Todos los nombres propios así como los entrecomillados (*Vidala del imposible* y rechazo de la reincorporación), son reales.

El alegato de Franco ante el Tribunal -escena tercera de esta obra- está íntegra y textualmente tomado del libro de Osvaldo Bayer, *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*. Bayer, a su vez, lo recogió, sin modificar, de los archivos de la época. Lo que dice Franco en la escena tres de *Aprendiz de hombre* es entonces, nada más y nada menos, lo que dijo.

El resto es fantasía.

El Golem

En el texto se ha optado por el cruce de un conjunto de leyendas muy diversas tejidas en torno al Maharal, rabino de Praga, y a su criatura, el Golem.

Las distintas versiones al respecto difieren en datos tales como la mecánica de su creación, las ayudas recibidas, las palabras y los espíritus invocados, las fuerzas oscuras puestas en movimiento. Lo cierto es que el Rabí Löew, el Maharal (sigla de Moreinu Harav Levi), a quien se atribuyó el Golem, tenía especial diálogo con científicos de la época -la transición del siglo XVI al XVII-, tales como Tico Brahe y, especialmente, con Johannes Kepler. Seguramente tales amistades, ante los ojos de su iglesia -la judía- no habrán favorecido su imagen y hasta pueden haber inducido a atribuirle extrañas incursiones, Golem incluido, en la magia negra y el esoterismo.

Todavía, en la Sinagoga Vieja de Praga, se conserva un altillo donde habría estado el Golem y cuenta la leyenda que, durante la ocupación nazi, dos soldados alemanes que intentaron visitarlo nunca regresaron al cuartel.

El camino elegido para el desarrollo de las intrigas en *Aprendiz de hombre*, responde al propósito esencial de marcar analogías entre el Golem y Franco, dos creaciones que terminan defraudando a sus creadores, amenazando con adquirir autonomía y volviéndose en contra de quienes los habilitaran para el ejercicio de la vida.

Finalmente, la rebeldía del Golem y la de Franco es castigada. La osadía, el sacrilegio y la soberbia, también. El principio de autoridad es preservado, se impone en ambos casos y la destrucción de las criaturas fuera de control permite recuperar la estabilidad del orden y el imperio de la norma. Entonces, ¿todo permanece así, confortablemente, en su lugar?

No lo creo. Lo que sí creo es que **no hay olvido**. *Aprendiz de hombre* se inscribe en esta última certeza.

El autor

Materiales consultados

- * Bayer, Osvaldo. *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*. Buenos Aires, Planeta, 1999.
- * Meyrink, Gustav. *El golem*. Barcelona, España, Tusquets, 1997.
- * Sosnowski, Saúl. *Borges y la cábala. La búsqueda del verbo*. Buenos Aires, Pardés Ediciones, 1986.
- * Koestler, Arthur. *Los sonámbulos*. México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1981.
- * Luna, Félix, *Atahualpa Yupanqui*. Madrid, España, Ediciones Júcar, "Los juglares", 1974.
- * Rest, Jaime. *El laberinto del universo*. Buenos Aires, Ediciones Librerías Fausto, 1976.
- * *Borges e Israel, el asiduo manuscrito*, publicación del Centro de información y documentación de Israel
para América Latina (CIDIPAL), Buenos Aires, marzo de 1987.
- * *Sefárdica*, publicación del Centro de Investigación y Difusión de la Cultura Sefaradí, N° 6, Buenos Aires, febrero de 1988.
- * Garasa, Delfín Leocadio. "El enigma del Golem", publicado en diario La Nación, Buenos Aires, domingo 31 de enero de 1988.
- * Sneh, Simja. "El golem de H. Leivick", publicado en diario Mundo Israelita, Buenos Aires, 28 de junio de 1996.
- * Cavaleri, Paulo. "Juan Carlos Franco, militar y poeta", publicado en revista Todo es historia, N° 334, Buenos Aires, mayo de 1995.

El título de la obra, *Aprendiz de hombre*,

ha sido tomado del poema "El golem" de Jorge Luis Borges

Primera escena

El Golem

El Teniente primero Franco

Siglo XVI. Un rincón lateral en la sinagoga de Praga. El rabino Moreinu Harav Levi, el Maharal (para algunos - Borges por ej. - llamado Judá León; para otros, Rabí Löew o Judah Loew ben Bezabel), prende velas. El ámbito es de alquimia o de hechicería. Hay leños encendidos y el fuego mueve y modifica colores en los vitraux del tabernáculo. El rabino ora. En un enorme tonel arroja tierra y vuelca agua hirviente. Está amasando barro.

Tres rabinos lo visitan. La coreografía multiplica las presencias, sugiriendo más personas. Observan en actitud crítica e intentan convencer al rabino para que no prosiga su obra.

En un rotundo contraplano, en otro ámbito poblado de bicicletas, algunas enteras, la mayoría rotas, se ilumina la presencia de América Scarfó, muchacha muy joven pero ya de aspecto maduro, modesta y pulcramente vestida, que dice:

Vengo a pedir por Severino. Nosotros nunca pedimos. No sabemos qué es pedir, pero esta vez - la primera y la única - vengo a pedir por la vida de Severino Di Giovanni.

El Maharal está construyendo un muñeco de barro. El muñeco ya parece un ser humano.

Alguno le pregunta: ¿Qué harás?

Permanece. Congela la actitud, no la energía.

El Maharal contesta:

La luz focaliza al Tte. 1° Juan Carlos Franco, vestido con ropa de fajina, sucia y engrasada.

- Desde hace días, en mi cabeza, danzan martillos y buriles, pero terminan grabando siempre el mismo texto, aquel del Génesis que dice "Y Él insufló en sus narices el sople de la vida...". Pues bien... siento que necesito convertirlo en obra. Cuando haya concluido, yo también pronunciaré la palabra que da vida.

Con marcado acento tucumano, contesta a América:

- *¿Por la vida? ¿A mí? ¿No querrá decir vidalás? Porque de eso entiendo... y de caballos... y algo me han hecho aprender también de bicicletas y de archivos... ¿Di Giovanni, ha dicho? No, ni remotamente me figura. ¿Pero usted, quién es?*

Un rabino joven - ¿Cómo "pues bien"?

- *Yo soy América Scarfó.*

Un rabino tembloroso - Espero que tus palabras no sean más que secas

Se miran y así quedan, enfrentados.

formas literarias, porque La Torá no contiene devaneos literarios sino leyes. Dios es mucho más que un simple literato.

Un rabino viejo - Quiero hablar yo.

Rabino tembloroso - Perdóneme, Jajam.

El rabino viejo reconviene al Maharal:

- Como cuenta el Talmud, al enterarse de que Rabí Meir era escriba, el sabio Rabí Isema'el le dijo: "Hijo mío, ten cuidado con tu trabajo porque ese trabajo es labor de Dios; si omites una sola letra o escribes una sola letra de más, destruirás el mundo"

El Maharal contesta:

- Te entiendo, pero yo no me equivocaré. He llegado a la palabra exacta. En hebreo, tiene apenas tres letras: *Aleph, mem, tav*. Ahora conozco también la combinación precisa entre esas tres letras y los invisibles signos que, según los sabios cabalistas, orientan y completan su sentido.

América dice a Franco: El Tribunal de Guerra ya resolvió que mi compañero, Severino Di Giovanni, sea fusilado mañana, antes de que salga el sol. A usted lo han designado defensor de oficio.

¿A mí? - responde Franco -- Sin

Verdad... verdad es la palabra.

duda, se trata de un error.

El Maharal apaga algunas velas.
Comienza a vestir al muñeco cuyo
rostro está brumoso, rodeado por
vapores que no permiten distinguir
sus rasgos.

*La imagen de América se esfuma,
hasta desaparecer.*

La penumbra invade el recinto. Un
viento helado hace vacilar el fuego.
Los visitantes desisten. Se van
yendo. Parecen muchos más de los
que son.

*Una comitiva de militares ingresa
al taller del Tte. Franco. Uno le
dice: Teniente primero del Cuerpo
de Archivistas y Ciclistas del
Ejército Argentino Franco Juan
Carlos, el Tribunal de Guerra que
preside el coronel Risso Patrón lo
ha designado a usted defensor de
oficio en el juicio que el estado de
la revolución sigue al anarquista
Severino Di Giovanni.*

Se han ido. El Maharal prosigue su
obra. Ha terminado su criatura. Es
el Golem. Lo contempla.

Franco pregunta: ¿A mí?

El Maharal sigue vistiendo al
muñeco.

*Los militares comienzan a quitarle
el uniforme de fajina, para vestirlo
con la ropa "de salida". Franco se
deja hacer, como un muñeco. Lo
visten, lo calzan, lo lavan y lo
peinan.*

Se asoma el rabino viejo y le dice:

- El soplo animador es puramente
divino. La vida es privativa de
Dios. Sólo él la crea y sólo él debe
destruirla. No puede el hombre,
con el uso de sus leyes, arrogarse

Franco: ¿Le aplicarán la ley

la facultad de Dios.

marcial?

Y se va.

- *Sí.*

- *Entonces... pueden condenarlo a muerte.*

- *Sí.*

El Maharal ha terminado de vestir al muñeco, con ropas muy modestas.. Se prepara para pronunciar "la palabra".

- *Señores, no les sirvo. Yo creo que la vida es privativa de Dios, que sólo él la crea y sólo él debe destruirla. Yo creo que el hombre no puede, con el uso de sus propias leyes, arrogarse la facultad de Dios.*

El Maharal reza, moviendo más el cuerpo que los labios. Se detiene, se lava cuidadosamente las manos, proliza su caftán, celebra un rito de purificación, describe siete círculos en torno al Golem, de derecha a izquierda, toma distancia y, por fin, pronuncia la palabra: "Emeth" ("Verdad").

- *No se adelante Franco. Ya tendrá tiempo. Déjese guiar únicamente por la verdad.*

Sobreviene un trueno horrible. Un golpe de tormenta abre la pesada puerta y apaga las restantes velas.

Bajo la escasa luz del tabernáculo,

el Maharal inscribe con su dedo índice en la frente del Golem, los caracteres hebreos Aleph, mem y tav, que, con sus signos, denotan la palabra Emeth.

Inmediatamente después de escucharse "Emeth":

- *¿Verdad..? ¿Qué verdad?*

El Golem ahora levanta un brazo, pesadamente, como un sujeto bajo hipnosis.

Un militar responde:

Oscuridad.

- *Si sabe interpretar los códigos, usted la encontrará.*

Los militares fuman. Colocan un cigarro en la boca de Franco. Se lo encienden. Uno de ellos se le aproxima, le toma el rostro entre las manos y le da un beso en la frente.

Segunda escena

Un halo de humo borrona los rasgos del Teniente Franco.

De la oscuridad surge un farol. Es el Golem quien lo sostiene, mientras camina, penosa y torpemente, por el interior de la sinagoga oscura. Su rostro permanece en la penumbra.

Comienza a elevar el brazo derecho, lenta y mecánicamente, como un autómeta.

Ingresa el Maharal y descubre a su criatura. Le toma el farol y lo deposita en el altar, iluminando el tabernáculo.

El gesto ha culminado en el saludo militar.

Recoge un manto ritual y se dirige

Oscuridad.

hacia el Golem para colocárselo sobre los hombros. El Golem se vuelve hacia él. El Rabino vacila, musita una oración y desiste de su intento. Deposita el "talit" junto al farol.

Le habla al Golem (o tal vez se habla a sí mismo):

- No creas que no entiendo cómo estarás sufriendo por no ser un hombre, sino apenas la proyección del sueño de otro hombre.

Te comprendo ... pero yo también necesito comprensión.

El Teniente Franco está en el interior de una iglesia. Sobre el piso se proyecta una gran cruz y sobre su rostro el enrejado del confesionario.

Eleva su vista a la cúpula y se golpea el pecho, en penitencia.

- ¿Será que nadie conoce, como Tú, el ordenamiento del Libro de los Libros? ¿Y si yo me hubiera equivocado?

Dios... ¿cómo ordenar el caos sin ser Dios?

- *Padre, vengo de estar en la cárcel. Me autorizaron y hablé con Severino Di Giovanni. Ahora sé que es un anarquista, no un asesino. El no mató a la niña. No pudo hacerlo. Me lo explicó todo. Ahora siento que mi pelea será entre la verdad y la muerte. Y estoy solo. Padre, necesito una respuesta.*

El Golem se acerca al imperceptible límite que separa ambas escenas. Se coloca de espaldas al Teniente Franco y eleva, trabajosamente, sus

Silencio. Franco se incorpora. Da unos pasos. Se vuelve. Está desolado. Grita:

dos brazos hacia el cielo.

- *¿Es que tampoco aquí podré encontrar una respuesta?*

Hace esfuerzos por hablar. Se crispa y se angustia en el intento pero sólo emite sonidos inarticulados. Su imagen es patética.

Ingresas en un ámbito neutro, escasamente iluminado.

El Maharal se le acerca con un incensario y esparce el humo en torno al muñeco.

- *¿Entre la verdad y la muerte, habré quedado solo?*

Le dicta, como si enseñara a hablar a un niño (Ba-ruj a-tá... Baruj a-tá A-do-nai... A-do-nai...). El Golem responde apenas con algunos sonidos guturales.

- *Solo no.*

América Scarfó ha ingresado en zona de luz. Y sigue hablando:

El Rabino insiste: - Yo soy... Yo soy.

- *Están los hijos de Severino... los pequeños Ilvo, Laura y Aurora... y los compañeros... del país y del exterior... y toda la prensa progresista... Y estoy yo. Estamos detrás de usted todos los que enfrentamos a la dictadura... No somos pocos... ¿Me comprende usted?*

El Golem no consigue responderle. Ingresan los demás rabinos y sorprenden la escena. El más anciano lo increpa:

- Judá León, si se violenta el Verbo, pueden generarse fuerzas ajenas a todo control humano. Además te recuerdo que el lenguaje apenas si nos ha sido prestado por Dios.

- *Me resulta difícil comprender. Yo no soy un político. A mí me empujan quienes pretenden ordenar el caos y yo únicamente puedo obedecer.*

El Maharal responde:

- *¿Entonces, qué hará?*

- *¿Sacralizas el lenguaje? Sólo Dios puede ser sacralizado. El lenguaje es emanación de Dios, para el uso de los hombres.*

- *Intentaré encontrar palabras.*

Rabino viejo - *Ciertamente, el lenguaje es emanación de Dios pero más, mucho más aún. El lenguaje es Dios.*

- *Hágalo, pero recuerde que todo no será más que la ficción de un juicio.*

Uno de los rabinos entrega una escoba al Golem. El rabino viejo dice:

La luz sobre América se corta. Ella ya no está.

- *Bien. Todo vuelve a su lugar. Por ahora sólo deberás emplearlo para barrer la sinagoga. Nosotros tendremos que consultar al Gran Consejo de Rabinos. Yo creo que esto ya es mucho más de lo que el Supremo Creador puede tolerar.*

Franco dice: No sólo el juicio... Todo puede ser una ficción, incluso yo.

Los visitantes abandonan la escena. El Maharal y el Golem se contemplan, acaso con amor. Entonces, el Golem pone en tensión todo su cuerpo y pronuncia algo así como una voz estrangulada: - *Soy.*

Franco comienza a escribir dos o tres líneas.

La luz se extingue, cautelosa.

Las lee de pie, buscando el mejor

tono:

- *“Excelentísimo Tribunal: vengo sin rebeldías ni temores a hacer la defensa de un hombre, la que me ha sido ordenada de oficio. En primer término, reitero mis respetos a los probos... . reitero mis respetos a los dignos militares que integran... este tribunal... De la revolución... de la revolución triunfante el 6 de setiembre surgió un nuevo gobierno que..”*

Ha comenzado silabeando cuidadosamente pero, a medida que avanza en la lectura, las palabras se hacen ininteligibles, ingresando en una jerigonza extraña como si Franco no estuviera buscando vocablos sino los orígenes mismos del habla. De pronto, por un costado, aparece una mano furtiva y le alcanza un papel garabateado Franco lo rechaza, con un solo gesto.

La luz sigue saliendo, hasta la oscuridad total.

Tercera escena: El Consejo de Guerra

Los militares están sentados, de espaldas al público. Franco está de pie, frente a ellos. Todo tiene un aire borroso, de postal ajada. A medida que Franco desarrolle su alegato, los militares irán mostrando su descontento. Primero con cuchicheos apenas perceptibles, luego hablándose al oído de modo crecientemente manifiesto, incorporándose de a uno, abandonando el recinto, regresando. Sus comportamientos, en contraposición al de Franco, obedecerán a una lógica sutilmente mecanicista, más cerca del expresionismo que del naturalismo. De todos modos deberá ser evidente que el alegato de Franco ha resultado totalmente inesperado y que la reacción del tribunal habrá de serle peligrosamente adversa.

Un militar - Teniente primero Franco Juan Carlos, del Cuerpo de Archivistas y Ciclistas del Ejército argentino, designado por este Tribunal de Guerra como defensor de oficio del acusado Severino Di Giovanni... ¿jura usted desempeñar cabalmente la alta responsabilidad que se le ha conferido, inscribiendo su accionar exclusivamente en el recto criterio de la verdad suprema?

Franco - Sí, juro.

Un militar (a un ujier) - Proceda a constatar los datos de filiación del defensor.

El ujier - Apellidos y nombres: Franco Páez Juan Carlos, nacido el 30 de diciembre de 1898 en el Ingenio Concepción, provincia de Tucumán, República Argentina, y fallecido en un cuartel jujeño el 2 de febrero de 1934, a causa de la fiebre tífus.

Un militar - ¿Es correcto?

Franco - Sí lo es.

América - ¡No se preste a sus mentiras! Usted no murió de tifus. Usted fue envenenado por ellos cuando regresó del Paraguay.

Un militar - ¡Que la retiren de la sala! ¿Cómo pudo entrar una mujer en esta historia?

Alguien hace un gesto de expulsión y la luz que daba a América se apaga. Ella desaparece.

Franco - Yo no la conocí.

Un militar - Teniente primero Franco, ha empezado bien. Escuchamos su alegato.

Franco (*Arrancará casi pudorosamente, pero a medida que avance su defensa irá ganando en vibración*) - "Excelentísimo tribunal: Vengo sin rebeldías ni temores a hacer la defensa de un hombre, la que me ha sido ordenada de oficio. En primer término, reitero mis respetos a los dignos militares que integran este tribunal, y pido desde ya excusas si en razón de mi condición de militar y no de hombre de derecho, hiciera afirmaciones que por estar desprovistas de eufemismos puedan parecer audaces.. Recuerdo en estos instantes la respuesta del conde de Campomanes a los reyes de España cuando, instado a decir las causas de los desequilibrios financieros del Reino, afirmó que eran producidos por los desarreglos de la Corte. A manera de excusa dijo después de hablar rectamente Campomanes: disculpe Vuestra Excelencia si me he excedido en el trato. Esta misma frase feliz se me ocurre ahora aunque el escenario y las causas son distintas. Pero ya aplico la frase pidiendo por adelantado excusas por si me excediese en el trato".

El ujier (A manera de un relator) Los primeros atisbos de algún desconcierto recorren este tribunal.

Franco - "No traigo intenciones mezquinas ni propósitos aviesos. Soy un hombre de armas, celoso de la disciplina y del orden social, animado por un profundo amor a mi patria. Y porque sé lo que esto significa en el concierto mundial, hablo pues sin rebeldías ni temores. Voy a hacer en primer término una cuestión de competencia de este tribunal. Creo que no es de su competencia el delito imputado a Severino Di Giovanni. La ley marcial tiene su origen en las monarquías europeas cuyas disciplinas están reñidas en absoluto con la disciplina de los gobiernos republicanos. Por otra parte, la ley marcial sólo está prevista para los casos de conmoción interna grave, de guerra o de grandes desastres públicos que pongan en peligro la estabilidad social. La Argentina no está en el caso de una guerra. Desde La Quiaca hasta Tierra del Fuego, desde el Atlántico a Las Cuevas, el orden es una realidad claramente perceptible. No se justifica, pues, la aplicación de la ley marcial".

El ujier (Como antes) El desconcierto es más palpable.

Franco - "El orden y la normalidad rigen en la vida del país. De la revolución triunfante el 6 de setiembre surgió un nuevo gobierno cuyo acto fundacional, al iniciarse, alentado por el calor popular, fue hacer pública fe de su respeto a la Constitución de la República. El Poder judicial está en pleno ejercicio de sus derechos y atribuciones. Un militar esta al frente del Poder ejecutivo como pudo estarlo un civil. Expresión del pueblo es el gobierno que nos rige. No existe aquí ninguna dictadura militar".

El ujier - Los miembros del Tribunal recuperan la tranquilidad... por un momento.

Franco - "El camino, pues, para los delincuentes comunes está claramente fijado cuando deben dar cuenta a la justicia de los actos delictuosos. Las constancias acumuladas prueban a mi juicio la afirmación que formulo estableciendo que Di Giovanni no agredió a la policía sino que contestó a la agresión de ésta".

El Presidente del Tribunal - Teniente primero Franco Páez, concluya su opinión sobre el tema de la competencia o incompetencia de este tribunal.

El ujier - Franco ya no lo escucha, inflamado por el chisporroteo de su propia verborragia.

Franco - "En efecto, salía el acusado de la imprenta ubicada en un sótano de la calle Callao. Tomó hacia Corrientes mientras el dueño del negocio tomaba hacia Sarmiento. Di Giovanni percibió la proximidad de agentes de investigaciones. Notó que había sido reconocido. No atacó al agente sino que, dándose vuelta, huyó en dirección contraria, hacia Sarmiento. Otro pesquisa quiso detenerlo. Se inició el tiroteo contra él. Tomó Di Giovanni por Sarmiento en busca de Río Bamba. Pueblo y agentes se iban sumando en la persecución. El, sin embargo, no había hecho uso del arma hasta que en la calle Río Bamba, entre Sarmiento y Cangallo, un agente quiso detenerlo. Di Giovanni dio vueltas alrededor de un auto allí estacionado, perseguido por el agente, y sólo disparó cuando se creía perdido. En ese momento la emoción violenta se hizo en él más intensa. Llegó hasta el local de la calle Cangallo donde se introdujo. Estaba como enloquecido, según lo declara el dueño del hotel que avisó en seguida a la policía que en su negocio había entrado un loco. Así lo calificó. Todo lo demás no lo recuerda. ¿Cuántas bocas de revólveres dispararon contra Di Giovanni? ¿Quién pudo matar a la pobre niña en la esquina de Callao y Sarmiento cuando el perseguido recién usó su arma cerca de Río Bamba y Cangallo?"

El ujier - Ahora se van a escuchar cabildeos reprobatorios. Franco se ha excedido.

Franco - "Por ello afirmo que Di Giovanni no fue el agresor sino que actuó repeliendo una agresión policial. A ésta se agregó la lógica indignación popular cuando se enteró de la herida producida a la infeliz niña cuyo deceso toca las fibras más íntimas del corazón. De los cinco testigos, cuatro que han depuesto son policías que han intervenido en el episodio. No existe siquiera un peritaje que establezca si con el arma del acusado halló la muerte la menor. Cuando Di Giovanni reaccionó, lo hizo contra el agente que lo tenía ya a mano. Se libraba contra él una batalla. Los nervios, por más de acero que lo sean, se resienten. E hirió, disparando por primera vez contra el agente de Cangallo y Río Bamba. Creo, señor presidente, que es un caso evidente de defensa propia. El espíritu de conservación de la especie tiene su principal aliento en el instinto de conservación del individuo, trátese de quien se trate. Cincuenta revólveres disparaban fuego contra Di Giovanni."

El ujier - Hemos quedado todos congelados. Franco señala al lugar donde se supone que estaría el acusado y levanta más la voz.

Franco - "¡He aquí a Di Giovanni! Motivo de avidez de los comentarios truculentos de los cronistas policiales. El fantasmagórico personaje que era el plato fuerte policial, servido por una policía de supernumerarios que debía justificar de alguna manera su existencia en el presupuesto general de gastos. El honorable Tribunal sabe que el acusado no ha sido detenido ni condenado una sola vez. Se había creado, pues, el delincuente fantasma que vivió radicado en la Argentina durante ocho años. Admitir que Di Giovanni era un personaje capaz de burlar a jueces, policía y al pueblo, entre éste al intelectual empeñado en colaborar en la afirmación del orden, sería reconocer la superioridad de este hombre sobre todas las fuerzas físicas y morales de la Argentina".

El ujier - Franco saborea y disfruta las mieles del discurso, a pesar de la creciente irritación del tribunal.

Franco - "En su afán de superarse, el hombre triunfa diariamente en el arte y en las ciencias. Así, en el andar de los siglos, transformó el frágil trirreme que surcó en otros tiempos los mares poblados de sirenas, en el potente acorazado que cruza hoy vertiginosamente el océano rompiendo con su proa de acero las masas azules, transformó también el Ícaro mitológico de las alas de cera en las naves mecánicas. Hendió el cielo con la mirada fija en los telescopios y estudió los mundos lejanos. Reemplazó al alquimista moro por el químico moderno".

El ujier - Los miembros del tribunal vuelven al desconcierto. ¿De qué está hablando Franco? ¿De inventos? ¿Y a él, quién lo habrá inventado? Pero, a pesar de las reacciones, Franco ya no detendrá su impulso. Veamos:

Franco - "El hombre, sin embargo, no ha podido ni podrá animar de vida la célula microscópica porque el soplo animador es puramente divino. La vida es privativa de Dios. Sólo él la crea y sólo él debe destruirla. No puede el hombre, con el uso de sus leyes, arrogarse la facultad de Dios. Un simple sentimiento de humanidad nos priva de decretar la muerte, por cuanto sería atentatorio contra la ética. Se ha comparado la ética y el derecho en dos círculos concéntricos. Éste reducido y perfectamente delimitado por las leyes de los

hombres y el otro más amplio, infinito, que entra en las leyes de Dios. Considérase al derecho como una reglamentación de la época. En consecuencia, ninguna ley del derecho podrá reglamentar lo que no tolera la ética. Por todo lo expuesto, Honorable tribunal, después de afirmar que Di Giovanni fue llevado a la agresión, pido que el acusado no sea juzgado por la ley marcial. Reitero mis disculpas al Honorable tribunal si juzga que me he excedido en la defensa - que se me ha impuesto - de la vida de este hombre. Ella es sincera y al dirigirme al Honorable tribunal lo hago con la certeza con que un hombre de bien se dirige siempre a los hombres de bien. Muchas gracias.”.

El presidente del tribunal - Ha sido demasiado. Los hombres de bien no compartimos la argumentación de Franco.

Un militar - El Tribunal va a pasar a deliberar... en sesión secreta. Señor Franco, se puede retirar. Pero no se aleje del recinto. Es muy posible que lo volvamos a llamar. Ujier, convoque a todos los miembros de este tribunal.

Ujier (pasando lista) - Señores miembros del cuerpo, tenientes coroneles - por estricto orden alfabético - don Pedro R. Cejas, don Ceferino Méndez, don Raúl Moyano, don Eusebio Roldán, don Conrado Styrle y don Eduardo Vega, y señor fiscal de la causa teniente coronel don Clifton Goldney. El presidente del tribunal, coronel Conrado Risso Patrón, comunica a ustedes que deberán permanecer en la sala a efectos de producir un inmediato veredicto.

La luz de este sector se apaga y pasa al teniente Franco, en soledad..

Un militar - Amigo Franco, el ministro del interior, don Matías Sánchez Sorondo, acusa al ejército por haber permitido que usted hiciera “la apología de un pistolero extranjero”. Sin embargo, no sabemos qué paso porque el Tribunal, por unanimidad, ya había rechazado tanto el contenido como las formas de su defensa. (Inicia mutis pero se vuelve) Ah, si quiere, todavía puede apelar la decisión.

La luz pasa fugazmente por el sector del tribunal y vuelve a Franco.

El mismo militar - Su apelación también ha sido rechazada. El presidente de la Nación, general José Félix Uriburu, ya ha firmado la sentencia. Y usted queda arrestado.

Franco da unos pasos y, prácticamente, ingresa en la zona de luz que corresponde al Maharal. Se sigue oyendo la voz del militar, ya en la penumbra.

¿Puedo decirle lo que siento? Usted ha defraudado al ejército. Usted se ha rebelado... Franco... de verdad, yo no quisiera estar en sus zapatos.

Ambos quedan fijados en sus posiciones. La luz ingresa en un sector de la sinagoga. El Maharal recibe al rabino viejo que, apenas entra, dice:

El rabino - Hicimos la consulta al Gran Consejo de Rabinos y el veredicto es claro: a tu Golem hay que destruirlo.

La luz desaparece en todos los sectores. Oscuridad total.

Escena cuarta

Tres militares, vestidos con sus pantalones y con camisetas negras, hacen gimnasia con ritmo intenso. La respiración es entrecortada y hablan al ritmo de su actividad.

- Ese dirigente socialista, ese conspirador de poncho al hombro y ridículo bigote, sin duda lo ayudó a escribir sus disparates.

- Franco lo niega.
- ¡Como para creerle!
- Tanto Palacios como Mario Bravo desmintieron haberlo ayudado.
- Miren si compartía esas ideas y nunca lo supimos.
- ¿Ideas..? ¿Qué ideas?
- La prédica de Severino Di Giovanni y sus amigos terminó por vaciarle el cerebro y le impidió medir las consecuencias.
- Pero si el padre es un conservador de toda la vida...
- Pobre padre...
- El doctor López Lecube le propuso atribuirse el alegato...
- ¿López Lecube?
- Sí, el tío de la Pepita Arzuaga, su mujer.

- Pero Franco se empeñó en defender su propia autoría.

- Más todavía... Le ofrecieron pedir clemencia al general Uriburu, le redactaron la carta y todo... y se negó a firmarla.

- ¡No... si debe estar hasta orgulloso..!

- A este monstruo lo alimentamos entre todos.

- Un ingenuo...

- ¿Ingenuo? De ingenuo no tiene nada.

- A quién se le ocurre... Un tucumano...

- Pero alguien lo creó...

- ¿Alguien? Nuestro propio coronel Risso Patrón.

- Bueno, no lo acusemos sólo a él ...

- Nosotros compartimos.

- Señores: Risso Patrón acaba de ser destituido.

- ¡Caramba! Qué se le va a hacer... alguno tenía que pagar.

- ¿Por un error? Todo el mundo tiene errores.

- Hasta nosotros los tenemos.

- Pero a los demás se los perdonan.

- No es el primero.

- Ni será el último.

- Pero ché, tampoco es para tanto.

- ¿Por qué no paga Franco y a otra cosa?

- Ya pagará. Perderá el uniforme.

- Y el grado. Y la carrera.

- Se quedará sin patria.

- Le costará la vida.

- La vida... una fatiga.

- Mejor cubrirse...

- ... cuando se transpira tanto.

Toman sus camisas y cuando se las están calzando, en el instante en que ocultan las cabezas - como si tuvieran capuchas --, sobreviene el apagón.

Escena quinta

En la trastienda de la sinagoga cuelga, para el secado, una enorme cantidad de mantos rituales, con sus bandas blancas y negras y sus largos flecos. Los rabinos transitan entre ellos, apareciendo y desapareciendo. A veces, los interlocutores hablan sin resultar visibles. Otras veces, quien está oculto es el Maharal.

El Maharal - Si yo no hubiese creado al Golem, ustedes igual me lo habrían adjudicado.

Un rabino tembloroso - ¡Eso es una herejía! ¿O no metiste en el mismo arcón de la Ley a tu ciencia oscura, junto a la Torah?

Un rabino joven - Astrólogos, astrónomos, físicos, agnósticos, alquimistas, esotéricos, filósofos, místicos, geómetras y cabalistas son la misma cosa.

Un rabino viejo - Ni todos juntos podrían nunca competir con el menor de nuestros profetas.

El Maharal - De todos modos, no sé si soñé o si fui el sueño de alguien que soñaba que yo amasaba arcilla para producir un Golem...

El rabino tembloroso - Será el sueño de Johannes Kepler...

El Maharal - ¡Por fin apareció su nombre!

El rabino viejo - Faltaba que dijeras "su bendito nombre".

El Maharal - Kepler no lo aceptaría. El cree en un único Dios... y es hombre de ciencia.

El rabino viejo - ¡Es un místico adivino!

El rabino tembloroso - El puede pensar lo que le venga en ganas. ¡No profesa nuestra fe!

El rabino viejo - La culpa no es sólo de él, sino de quien le cree.

El rabino joven - ¡Para Kepler el alma humana es un resonador cósmico, ha dicho! ¿Si así fuera, dónde está el alma de tu Golem?

El Maharal - ¡La estoy buscando! ¿No comprenden que la estoy buscando? ¡Lo que ustedes no pueden perdonar es que, para mí, no exista contradicción alguna entre las leyes físicas y la ley de Dios, que sean un mismo y único valor! ¡Todas, todas las respuestas están en la ciencia, tanto como están en la Torah! ¡Hay que saber encontrarlas... pero no serán ustedes! ¡Ustedes me quieren castigar a mí, pero condenarán al Golem! (Está gritando) ¡¿No entienden que, precisamente por no tener un alma, él no se puede defender?!

Los interlocutores han desaparecido. El Maharal los busca detrás de los mantos rituales. Los va descolgando de a uno, atropelladamente, pero ya no queda nadie.

Escena sexta

El Golem deambula, a tientas. La gente, en las calles del ghetto judío de Praga, lo elude, con temor.

Estamos en el sector de trabajo de Franco. Hay profusión de bicicletas. Franco está solo. Piensa. Ingresamos el grupo de militares y, en absoluto silencio, comienza a despojar de sus ropas al teniente.

Alguien dice:

- Atacó a un estudiante.

La ceremonia evoca un virtual descuartizamiento. Lo sostienen en vilo y le van arrancando el uniforme, primero las insignias, luego la chaquetilla, la camisa, el calzado, el pantalón.

El Maharal:

- Defendió la sinagoga.

Otro grita: No era un cristiano. Era un estudiante del Talmud.

A medida que lo van haciendo, siete ruedas de bicicleta, colgadas como de la nada, comienzan a girar, de una por vez, hasta que el silbido se hace insoportable.

Un tercero: El Golem trató de matar a una mujer.

Desnudo, Franco es depositado sobre un montón informe de bicicletas fragmentadas. Un vapor viscoso se desprende de los hierros y enturbia la escena.

El rabino tembloroso - Se está rebelando. Ya no obedece.

Un judío muy pobre - Quien lo creó y hasta él mismo habrán pensado que se podía actuar por cuenta

Un militar - Franco, ha tenido el triste honor de que la sentencia de muerte de Di Giovanni incluya un

propia.

El Maharal -

- Si lo destruyen... ¿quién hará tañer el campanario?

Ingresan todos a la sinagoga. El Golem está inmóvil, como consciente de su suerte.

El rabino viejo - El misticismo y el materialismo se rozan por algún costado. Terminarás en la idolatría de la materia inerte. Bueno, ¿qué esperas?

Los rabinos comienzan a quitar la ropa al Golem, remedando la ceremonia de la degradación de Franco. Mientras lo hacen:

El Maharal - Suprimiré una letra de su frente, una sola letra. La primera, Aleph. Así, Emeth, Verdad, se convertirá en Meth, que significa Muerte. Y mi Golem perderá sustancia, será otra vez arcilla informe e ingresará al olvido.

El rabino joven - Apenas una

párrafo dedicado a usted. Dice: "Que el defensor del procesado, llevado sin duda por el calor de la improvisación, ha vertido conceptos que no se ajustan a los principios que impone la disciplina, ley básica de la que jamás un militar puede prescindir y que constituyen la infracción prevista en el artículo 358 del Código de Justicia Militar, acápite etcétera inciso etcétera y etcétera jamás..."

Otro militar - Sin embargo, el general Uriburu le ha concedido la gracia de no ser encarcelado en el sur, pero deberá irse del país.

Franco - ¿Irme del país? ¿Y a dónde?

Un militar - A donde puedan olvidarlo.

Y se van.

Franco - ¿Olvidarme? No hay peor destierro que el olvido.

letra...

Aparece América Scarfó. Alcanza un poncho a Franco y él se cubre.

El Maharal - Aleph... una letra muda.

El rabino viejo - ¡Estás obligado!
¡Procede ya!

América - Nosotros no te olvidaremos. En nuestro periódico, "La antorcha", hablan de vos. En el último número, ¿sabés qué dicen? Dicen así, tal cual: "Entre víctimas y victimarios hubo un hombre destacando su valerosa dignidad, el teniente Franco". Y el propio Severino, minutos antes de morir, quiso pedirte que lo perdonaras.

El Maharal - ¡Que quede claro que me están forzando..!

Franco - ¿A mí? ¿Y quién soy yo para perdonar?

El Maharal cubre al Golem con los mantos litúrgicos. Luego, acompañado por los demás rabinos, describe siete círculos en sentido inverso al inicial, es decir de izquierda a derecha, borra de la frente del Golem la primera letra y pronuncia la sentencia:

El Maharal - No lo siento, pero lo digo: "Eres un artificio de la magia. Vuelve al polvo primario original. Borro la Aleph de tu frente para que Emeth, verdad, se reduzca a Meth, que significa muerte."

América - El sentía que, por su culpa, también a vos te habían condenado.

Franco - Pobre Severino... Yo perseguía sólo la verdad.

Bajo el "talit", el muñeco se disgrega y se convierte en un montón de polvo, arrastrado por el

América - Nosotros no olvidamos. Aunque te condenen al exilio, no podrán actuar sobre la memoria ni

viento, tornasolado por el fuego. *el olvido.*

El rabino viejo - Así es como debe ser... y así debió haber seguido siendo desde siempre. No existe síntesis posible. No hay otra Ley más que la Torah.

Franco - ¿De qué me servirá? Sé que moriré en cuanto regrese a mi país. Mi destrucción ya está resuelta. Y hacia ella voy.

Los rabinos abandonan la escena.

El Maharal - Si Dios hizo al hombre como un simbólico espejo del universo... ¿entre los múltiples espejos, acaso el Golem no pudo ser uno más, repitiendo la imagen desleída de este universo que se mueve a tientas, en una búsqueda inútil de sentido?

Desaparece.

Epílogo

América - Murió a los treinta y cinco años. Claro, era un romántico. Recuerden su nombre: Juan Carlos Franco. Una mariposa caída bastaba para ponerlo en el umbral del llanto. Juan Carlos Franco. Fue un romántico y, bien se sabe, de la sensibilidad a la anarquía, libros más o menos, puede haber un paso. No por casualidad también se dedicó a cantar y a componer canciones. Allá por el año 27, ya siendo militar, había integrado el dúo Chavero-Páez. Páez era su apellido materno y Chavero... Chavero fue el auténtico apellido de Atahualpa Yupanqui, Yupanqui que alguna vez dijo de Franco "Era algo más que un mero cantor. Había en él desvelo y conciencia y un espíritu bien rumbo. Y todo lo cantaba con propiedad, dándole a cada tema su verdadero carácter, su cabal sentido".

En un ángulo aparece Franco. Camina, sin desplazarse, bajo un haz de luz. Lleva en su mano el mismo farol que llevaba el Golem en la segunda escena. Sólo se le ve el rostro.

Franco - (Recita) "Viendo pasar una nube / le dije: Ay, llévame / tan alto como tú subes / La nube pasó diciendo / Imposible... imposible / Pa qué quiero mis ojos / mis ojos, para qué sirven / mis ojos que se enamoran / y se apasionan, vidita / de imposibles... de imposibles". Sigue en su sitio, caminando.

América - Durante su exilio en Paraguay, le ofrecieron volver al ejército.

Franco - (Con absoluta sencillez) Pero rechacé el ofrecimiento. Les contesté "no estoy dispuesto a aceptar semejante medida porque me niego resueltamente a poner mi sable al servicio de la tiranía".

América - Fue después de la dictadura que el ejército lo reincorporó, sin reconocer su antigüedad. Durante una cena con militares, en Jujuy, se sintió desfallecer... y, al siguiente día, se murió... de tifus. Al menos eso decía el parte de los médicos castrenses... que se negaron a practicarle autopsia. Por una extraña coincidencia, la cena transcurría al cumplirse exactamente el tercer aniversario de su alegato frente al Tribunal de guerra.

A muchos de nosotros, como a Franco, en la pelea entre la verdad y la muerte, nos ganó la muerte. Y así sigue siendo, al menos por ahora.

Ahora América ingresa en un sector de la sinagoga. Se ilumina. Allí está el Maharal.

El Maharal - ¿Dónde estuviste, para ser tan joven?

América - Cuatro siglos adelante.

El Maharal - Está claro, lo sé. En un país remoto, donde un hombre ciego escribirá de mí *“Quién nos dirá las cosas que pensaba / Dios, al mirar a su rabino en Praga”*. El olvido no existe... Anochece.

Franco - Es cierto. El olvido no existe... Por más que lo pretendan... *“La nube pasa diciendo / imposible...imposible”*. Me velaron en la casona familiar de Balcarce doscientos veintisiete, en San Miguel del Tucumán, en la cuarta habitación, después del zaguán y el pasillo largo y los vitraux.

América - Cuando te sentiste morir, pediste que te envolvieran con un poncho...

Franco - Y claro, si me habían declarado traidor a la patria... Por eso quise que me cubrieran con mi propio poncho de vicuña.

América - El que yo te había alcanzado.

Franco - Son maneras de decir...

América - Sí, maneras... Estabas desnudo. Parecías el primer hombre.

Franco - Fue como mudar de piel. El uniforme no me iba...

América - Como mudar la piel...

Franco - Había que dejar de ser un aprendiz. Y bueno... ahora hay que seguir. (*Comienza a andar, hacia adelante. La luz le va dando más plena*).

El Maharal - No, por favor... Todavía no. Ya tendrás tiempo. El Talmud dice: "Si los justos quisieran crear un mundo, podrían hacerlo". Baruj Ashem.

Franco - (*Sin dejar de andar*) ¿Y eso, qué es?

El Maharal - Bendito seas.

Franco - Gracias, señor (*La luz sobre él se intensifica*).

América - (*Repite, silabeando*) Ba-ruj A-shem... Qué bien suena. Cada letra parece en su lugar.

El Marahal - No confíes demasiado... Nuestra escritura no es sencilla (*Los mira, hondamente*) Les contaré: mi "aprendiz de hombre" no aprendió a entender. Tal vez, tampoco yo. Articulé las letras de la Cábala, pero seguramente no supe buscar entre los intersticios de los signos. Por un momento, tuve la ilusión de vivir en un universo ordenado... y no en el caos.

Se golpea el pecho en señal de contrición y dice:

El Maharal - Les confieso: yo no he encontrado "la palabra". (*Gira y comienza a andar, de espaldas, en sentido contrario al de Franco*).

América - Es posible... Sin embargo, nosotros, a despecho de tanto caos, de tanta muerte y de tanto olvido..., nosotros seguimos esperando... la palabra.

El Maharal, ya alejado y de espaldas, gira la cabeza. Los mira. Se miran.
Oscuridad final.

Leonardo Goloboff. Correo electrónico: leogolo@arnet.com.ar

LEONARDO GOLOBOFF. Ingreso al Teatro Popular Independiente Fray Mocho en 1957, donde trabajó en distintos espectáculos como actor. Estudió dirección con Oscar Ferrogno y Oscar Fessler. Fue miembro de la dirección artística de Fray Mocho entre 1960 y 1963, director artístico del Teatro IFT en 1969 y 1970; fundador y director de la Fundación de la Ranchería en 1991, además de fundador y secretario general de la Asociación Argentina del Teatro Independiente (1997-1999).

Es autor de: *Sin hacer barullo, Dominó en casa, Las siestas del verano, El de las 10 y 10, Como una lluvia de cenizas y Aprendiz de hombre.*

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Marzo de 2002

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar